

La “Verdad” en la Misión Universitaria (o una crítica de la visión monástica de la Universidad)

Por *Ernesto Ponsot Balaguer* ^π

Me animo a escribir estas líneas luego de repasar varias veces la relatoría de la mesa sobre la Misión de la Universidad, que abrió el debate en este proceso de Cambio Universitario. Comienzo por dar honor a quienes honor merecen: el trabajo, me consta, fue arduo, intenciones, las mejores, opiniones diversas, extremas y el resultado, materializado en la relatoría aludida, ha reflejado lo esencial de estos hechos. Más aún, me atrevería a afirmar que están allí representadas, las dos corrientes de pensamiento más claras sobre el tema, al menos en cuanto a lo discutido en la jornada: La Universidad vista como una institución que busca “la verdad” por “la verdad” misma y la Universidad como una institución que ha de servir a los propósitos de la sociedad que la circunda. Difícil habrá sido poner aquellas líneas en el papel. Es obviamente mucho más fácil la crítica una vez establecido el objeto a criticar, no obstante, que ello no nos detenga:

Por supuesto y como suele sucederme a menudo, mi ideario no encuentra nido en ninguna de las dos posiciones anteriores, muy probablemente por extremas. Pero, qué le vamos a hacer, hay que definirse. En un proceso tan importante como este, todos debemos hacer acopio de valentía y poner nuestra fuerza intelectual (aunque no sea toda la que nos gustaría tener) al lado de las creencias y posiciones vitales.

Así pues, si he de escoger entre ambas posturas, me inclino por la segunda. Ya está. He aquí las razones:

Como una consecuencia lógica de la primera tesis, bien remarcada en la relatoría, si la Universidad busca la verdad por la verdad misma, se supone que sabe cuál es la verdad (sólo que no la tiene, la busca), quizá sabe donde está, o tal vez, hacia donde hay que ir para encontrarla. Esta afirmación es cuando menos odiosa, por no decir, pretenciosa. Implica que la Universidad es la verdad en si misma y en consecuencia todo lo que ella diga o haga debe ser aceptado por el contexto social sin tapujos, sin enmiendas y ciegamente, esto es,

^π Profesor de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la ULA. E-Mail: ernesto@ula.ve

acríticamente. Ya verá el lector que se trata de una contradicción: buscar la verdad pero negar la crítica puesto que sólo nosotros sabemos cuál es, no parece lógico. De hecho, en la relatoría se llega al extremo de proponer que *es la Universidad* la que le dirá a la sociedad, cómo debe ser ella. Es decir, nosotros los universitarios, nos convertimos de un plumazo en gentes de otros mundos que asépticamente, sin contaminación de ningún tipo, inmaculados, dueños y señores de la verdad, le diremos a nuestros conciudadanos venezolanos y del resto del mundo, cómo deben actuar, pensar, sentir, que deben pretender, que pueden aspirar, en fin, quienes son.

Discúlpenme lo tajante, pero por ahí no va la cosa. La sociedad tiene innumerables asuntos que enseñarle a la Universidad. Mientras más pronto lo comprendamos, más pronto nos abriremos a ella, no con ideas preconcebidas, no con posturas tomadas, no con ánimos de volcar toda nuestra gran sabiduría sobre sus disminuidos actores. Debemos abrirnos a ella con visión crítica, indudablemente, pero más para aprender de sus problemas, errores y aciertos que para imponer nuestra enclaustrada manera de hacer las cosas.

Cuando me hablan de la “verdad” en esos términos tan absolutos, tan clericales, casi inmediatamente se me viene a la mente la imagen de un monje budista en el Tíbet o de aquellos mártires de la Edad Media que habitaban de por vida los Monasterios. Pienso en aquellos seres humanos que esperaban conseguir *la* respuesta, *una* respuesta, clara, inobjetable, a las múltiples preguntas que se formulaban. Pues bien, como todos sabemos, aún no tienen respuesta, tal vez por que no hay *una* respuesta, tal vez porque aquella “gran verdad”, reveladora, dogmática, no es una, sino muchas y cambia, y se dinamiza con el tiempo, y toma formas diversas “dependiendo del cristal con que se le mire”. Estas imágenes que conozco más por las películas y alguna que otra novela al estilo de Eco, terminan en un ser humano que ha crecido en lo personal una barbaridad, que ha aprendido y aprehendido del proceso monástico en el que se ha visto constreñido toda la vida, grandes cosas, pero, ha podido hacer muy poco por su tierra, por su tiempo, por su gente. El conocimiento por si mismo, puro y simple, no supeditado a las terrenales exigencias del mundo circundante, tiene la malévola costumbre (porque humanos somos) de quedarse en muy pocas manos, de atender muy pocas carencias y finalmente de perpetuar, aunque se argumente airadamente lo contrario, el estado de las cosas.

Yo voy con otra idea, digamos, moderadora. Aprender por aprender, buscar la verdad por la verdad, está bien. Es una condición necesaria, pero no suficiente. Impone asuntos que mucho nos hacen falta en la actualidad: la sinceridad, la humildad. Sólo aquel que ha estudiado mucho sabe lo mucho que le falta por estudiar, sólo aquel que ha dilucidado muchos enigmas comprende los muchos que aún le faltan. En donde la cuestión no me parece tan clara, es que todo aquello que estudiamos, todas aquellas verdades que pretendemos tener en las manos, no las pongamos inmediata y completamente al servicio de la sociedad, no establezcamos prioritaria y apuradamente la comparación obvia entre la teoría y la praxis, por otro lado, ¿quién dijo que estas verdades serán aquello que nosotros mismos hemos decidido?, nadie lo garantiza, si hurgamos en nuestra conciencia, seguro encontraremos que muchas de ellas lo son, de hecho, porque la sociedad, a veces más sabia de lo que la suponemos, las ha descubierto, antes que nosotros.

En síntesis, hay que ir a la sociedad, no vaya a ser que ella tenga el libro de las claves y nosotros andemos perdidos por allí, buscándolas en el pasado.

No sé si la sociedad y aquí particularizo, la empresa, la industria, el Estado, las organizaciones vecinales o sindicales, las casas de bolsa, los bancos, la antipática globalización, tenga algo que enseñarle a un matemático, físico, poeta o filósofo, lo confieso, tal vez no. Pero ella (o más bien ellos) si tienen mucho que enseñarle a un médico, ingeniero, arquitecto o administrador, por sólo mencionar algunos de los oficios que pretendemos inculcar en la actualidad. De hecho, si cualquiera de nuestros muchachos sale al mundo real, sin las herramientas básicas que le permitan explorarlo, comprenderlo, sentirse parte de él y por supuesto, cuestionarlo, habremos fracasado. Y no se diga que defendemos la tesis de la profesionalización, muy vapuleada últimamente, por el contrario, el fracaso no será en lo profesional, será especial y fundamentalmente en lo humano, en el sentido de pertenencia que todo ser humano debe tener para enfrentar la vida, el arraigo en un medio cultural que espera algo de él, que él no está en capacidad de dar, puesto que nos quedamos en el plano de la contemplación, o como dirían mis colegas computistas, nos quedamos en un “loop” infinito, dando vueltas sobre nosotros mismos, sin mirar para los lados, y no fuimos capaces de prepararlo para la vida que le tocará vivir, entendámoslo bien, le tocará vivir, *a él* y no a nosotros que por demás tendríamos la vida asegurada en nuestro muy cómodo y cotidiano monasterio.

En fin, agradeciendo una vez más la oportunidad que la Mesa de Misión Universitaria nos ha dado, al poner en “negro sobre blanco” las ideas hasta ahora recibidas, he querido hacer este modesto aporte al debate no, como habrán notado, desde las hondas profundidades del pensamiento griego o de los filósofos alemanes –entre otras cosas, por ignorancia sin duda– si, desde la visión un tanto práctica de ingeniero, primero, de sistemas, después, que quiere ver el mundo más cerca de la integración que de la desintegración, que prefiere aprender y enseñar a sólo aprender o sólo enseñar y que cree que allá afuera, cruzando el puente de ese castillo que llamamos Claustro, hay cantidad de seres, en muy diversas formas, que no sólo tienen mucho que enseñarnos sino que tal vez tengan esa verdad que andamos buscando y no quisimos aceptar.

Mérida, junio de 2001